

Por MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

La séptima asamblea del Partido Revolucionario Institucional —según se pudo ver en la sesión de apertura— consagró la nueva retórica. Concebida por politólogos, economistas y sociólogos, la nueva retórica no “sale del alma”, no es lírica ni rupestre, como lo era en los años treinta y aun en épocas más recientes. Al contrario, se sustenta en datos y cifras, pone en ejercicio novedosas teorías, e m p l e a lenguaje que a veces suena más próximo a la academia que a la reunión partidista.

Jesús Reyes Heróles y Horacio Labastida dieron la pauta en sus discursos de la primera sesión. No se acomodaron mucho a ese estilo las intervenciones de Enrique Olivares Santana y Rafael Rodríguez Barrera. Aquéllos pertenecen por derecho propio a la “inteligencia”, la

clase intelectual que participa con éxito en la política. Estos han sido formados en viejos cuños, cuya huella es indeleble.

Nótese, por ejemplo, este párrafo de Olivares Santana, que lejos de ser autocrítico tiene la habitual, alambicada falsedad: “El PRI es el pueblo organizado y combativo que quiere un país mejor, mediante el cumplimiento de postulados y programas que el propio pueblo ha creado con sus luchas y esfuerzos”.

Si el PRI quiere ser de verdad un partido nacionalista, revolucionario y popular, como ha propuesto Reyes Heróles, tiene que comenzar por desahacerse de la retórica. De la vieja retórica, al estilo de Olivares Santana, y de la nueva retórica si ésta no es apuntalada por hechos. La asamblea no

fue particularmente demostrativa de que se han iniciado nuevas prácticas. La unanimidad con que fueron ratificados en sus cargos Reyes Heróles y Enrique González Pedrero ¿no revela cómo todo sigue, en ese sentido, igual?

Admitamos que la séptima asamblea fue punto de arranque. Veamos cómo se marcha, que es lo que importa ahora.

● Acaso lo que ocurre en Puebla sea sólo el segundo round de un poco definido pero inocultable reto al gobierno federal. El primero tuvo lugar en Nuevo León, en mayo y junio del año anterior. Como resultado de aquella escaramuza, se dio una nueva ley a la universidad local y el gobernador renunció.

Puebla es ahora el escenario. Los hechos son muy semejantes. Hasta algunos de los protagonistas son los mismos. Grupos empresariales regiomontanos se han consolidado en Puebla a partir del sexenio pasado. El gobernador está de su parte. Bajo la máscara de un propósito —plausible, por sí mismo— de aplicar severamente la ley e impedir desmanes estudiantiles, el gobernador encabeza un movimiento de línea dura contra la universidad, en oposición a las directrices del gobierno federal.

Aunque no tenga nada que ver con esto, uno no puede dejar de recordar que éste es el segundo gobernador poblano llamado Gonzalo Bautista. El primero tuvo por secretario general a un abogado que se llama Gustavo Díaz Ordaz. ■